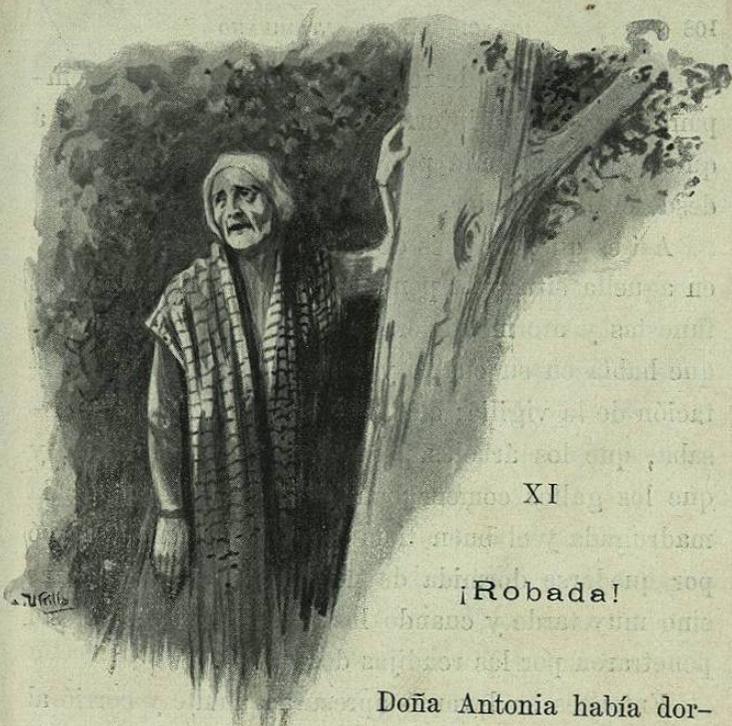


grupo compacto de jinetes envueltos en negras capas, á semejante hora y en semejantes tiempos, de seguro habría creído que era una patrulla de espíritus infernales ó almas en pena de bandidos, purgando sus culpas en noche tan espantosa.



¡Robada!

Doña Antonia había dormido mal. Después de su primer sueño, que fué tranquilo y pesado, los múltiples ruidos de la borrasca acabaron por despertarla. Agitada después por diversos pensamientos y preocupaciones á causa de su viaje próximo, comenzó á revolverse en su lecho, presa del insomnio y del malestar.

Parecíale haber escuchado al través de los lejanos bramidos del trueno, y de los ruidos de la lluvia y del viento entre los árboles, algunos rumores extraños; pero atribuyó esto á aprensión suya. De buena gana se habría levantado para ir al cuarto de Manuela, á

fin de conversar ó de rezar un momento en su compañía; pero temió interrumpir el sueño de la niña, á quien creía dormida profundamente y acalenturada desde el día anterior.

Así es que, después de haber pasado largas horas en aquella situación penosísima, luchando con ideas funestas y atormentadoras, y con el calor sofocante que había en su cuarto y el que le producía la irritación de la vigilia; cuando oyó que el temporal cesaba, que los árboles parecían quedarse quietos, y que los gallos comenzaban á cantar, anunciando la madrugada y el buen tiempo, la pobre señora acabó por quedarse dormida de nuevo, para no despertar sino muy tarde y cuando los primeros rayos del sol penetraron por las rendijas del cuarto.

Entonces se levantó apresuradamente y corrió al cuarto de su hija.

No la encontró, vió la cama deshecha, pero supuso que se habría levantado mucho antes que ella y que estaría en el patio ó en la cocina. La buscó allí, y no hallándola todavía, creyó que andaría recorriendo la huerta, examinando sus flores y viendo los estragos del temporal, y aun se dijo que Manuela hacía mal en exponerse así á la humedad de la mañana, después de haber estado indispuesta el día anterior; que iba á empaparse con el agua de los árboles y á mojarse horriblemente los pies en el lodo de la huerta, que era un bosque espeso, cruzado de *apantles* por

todas partes y que se llenaba de charcos con la menor lluvia.

Efectivamente, los naranjos, los zapotes, los mangos y los bananos dejaban caer una cascada de agua á cada rozamiento de sus ramajes; la luz del sol se reflejaba como en mil diamantes en las gotas de agua que pendían de las menudas hojas, y la grama del suelo se hallaba sumergida en una enorme ciénaga.

Hacía mal la muchacha en andar en la huerta de ese modo.

Y la llamó entonces á gritos para reñirla.

Pero habiendo esperado en vano para verla aparecer, y no escuchando su respuesta, comenzó á alarmarse, y corrió á buscarla en los lugares que solía frecuentar. Tampoco estaba en ellos. Entonces siguió buscándola y gritándole en todas direcciones, y habiéndole venido una idea repentina volvió á la casa para ver si la puerta de la calle estaba abierta; pero encontrándola perfectamente cerrada y atrancada, tornó á la huerta, llena de sobresalto, suponiendo que quizás su hija habría sido mordida por alguna serpiente y se habría desmayado ó tal vez muerto en algún rincón de aquel bosque. La pobre anciana, pálida como la muerte, convulsa de terror y de angustia, se internó en lo más espeso de la huerta, sin cuidarse del lodo ni de la maleza ni de las espinas, registrándolo todo, llamando por todas partes á su

hija con los epítetos más tiernos y más desesperados, con la garganta seca, con los ojos fuera de las órbitas, pudiendo apenas respirar, con el corazón saliéndosele del pecho, loca de dolor y de susto.

Pero nada, Manuela no parecía.

—Pero, Dios mío, ¿qué es de mi hija?— exclamó deteniéndose y apoyándose en un árbol, pues sentía que las piernas le flaqueaban.

Nadie le contestaba. La naturaleza seguía indiferente su curso normal. El sol brillaba de lleno iluminando el cielo, limpio ya de nubes, en aquella hermosa mañana de estío, más sereno y más azul después de una noche de borrasca; los pájaros parloteaban alegremente en las arboledas, zumbaban los insectos entre las flores, y todo parecía cobrar nueva vida en aquella tierra tropical y vigorosa.

Sólo la pobre madre desfallecía, apoyada en los árboles, y sintiendo que el frío de la muerte helaba la sangre en sus venas.

Pasado un momento de angustiosa parálisis, hizo un esfuerzo desesperado y se arrastró hasta el centro de la huerta. Allí tuvo otra idea; cruzando el *apantle* que rodeaba como un pozo el soto de la adelfa, que era como una rotonda de arbustos en medio de la cual descollaba la vieja y florida planta, se dirigió hacia ésta, y al llegar á ella se detuvo sorprendida. Allí, junto al tronco, había un pozo que se había llenado de agua, y sobre la grama estaba tirada una

tarécua, la pequeña tarécua con que Manuela solía cavar la tierra de su jardín.

Luego observó que, á pesar de la lluvia, la maleza y los arbustos aun permanecían doblados, como si alguna persona se hubiese abierto paso por ellos.

Miró con cuidado el suelo, y en la parte que no estaba cubierta por la grama, distinguió huella de pisadas. Siguió la dirección que ellas marcaban, lo cual era difícil en aquella capa de verdura espesa y áspera que cubría el suelo, y pudo reconocerla hasta el *apantle*. En los bordes cenagosos de éste y en la parte inundada por su crecimiento de la noche, la huella se marcaba mejor; era la huella de pies pequeños y desnudos que se habían enterrado profundamente en el cieno. ¿Quién podía haber andado por ahí esa mañana, si no era Manuela? ¿Y quién podía tener esos pies pequeños, sino la joven? Pero ¿por qué había venido descalza, y habiendo tenido resfrío el día anterior?

La infeliz madre se perdía en conjeturas. Luego, dando algunos pasos más allá de la faja inundada por el *apantle*, volvió á reconocer huella de pisadas: eran las mismas de Manuela, que seguramente tomó la dirección del cercado. En efecto, las huellas seguían hasta la cerca y se detenían junto á las viejas raíces del zapote gigantesco. La anciana trepó con trabajo por ellas, y como impulsada por un presentimiento terrible. Sobre la cerca había también señales de

haber pasado por ahí alguno. Las plantas parecían haber sido holladas; los tallos de algunas estaban rotos. Doña Antonia se asomó por aquel lugar y examinó atentamente la callejuela. Vió entonces allí, precisamente al pie del lugar en que se hallaba, las huellas bien distintas de pezuñas de caballos, que parecían habersé detenido algún rato y que debieron haber sido varios, porque el lodo estaba señalado y removido por numerosas huellas repetidas y agrupadas.

La aguda y fría hoja de un puñal que hubiese atravesado su corazón, no habría producido á la desdichada madre la sensación de intenso dolor y de desfallecimiento que semejante vista le causó.

No comprendía nada, pero adivinó que algo horroroso significaba aquello. ¡Su hija, atravesando la huerta en aquella noche, dirigiéndose á la cerca, aquellos caballos deteniéndose allí, como para esperarla, porque era evidente que ningún hombre había andado con ella, todo esto encerraba un misterio inexplicable, pero pavoroso para la pobre señora! ¿Había huído Manuela con algún hombre? ¿Había sido robada? ¿Quién podía ser el raptor?

Doña Antonia apenas pudo dirigirse confusamente tales preguntas, en medio de su atonía y de su terror, porque se sentía aterrada, aniquilada, permaneciendo ahí como idiota con los ojos clavados en el lodo de la calle, con los cabellos erizados, con el co-

razón palpitante hasta ahogarla, muda, sin lágrimas, sin fuerzas, viva imagen de la angustia y del dolor.

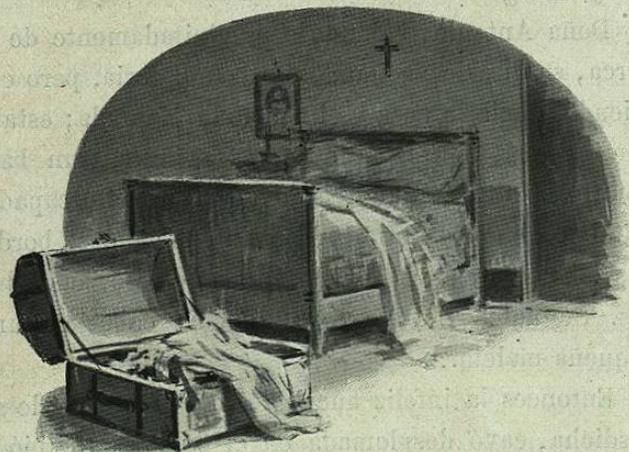
Pero una última esperanza pareció hacerla volver en sí. Pensó que eso era imposible, que era un sueño todo lo que estaba mirando ó que nada tenía que ver con su hija aquel conjunto de circunstancias; que Manuela debía haber vuelto á su cuarto, y que si se hubiera fugado, debía haberse llevado su ropa, sus alhajas, algo.

Doña Antonia, bajándose precipitadamente de la cerca, se dirigió vacilando como una ebria, pero corriendo, hacia la casa y el cuarto de Manuela; estaba como antes, solitario, la cama deshecha, un baúl abierto. No cabía duda, la joven se había escapado; faltaba su mejor vestido, faltaban sus camisas bordadas, sus alhajas, su calzado nuevo de raso, sus rebozos. Se había llevado lo que podía caber en una pequeña maleta.

Entonces la infeliz anciana, convencida ya de su desdicha, cayó desplomada en el suelo y rompió á llorar, dando alaridos que hubieran conmovido á las piedras. Pasado al fin este arranque de dolor supremo, salió de la casa como una insensata, sin cuidarse de cerrarla, y se dirigió á la de su ahijada Pilar, que vivía por ahí cerca en casa de unos tíos, porque era huérfana. Apenas pudo hablarles unas cuantas palabras para explicarles que Manuela había

desaparecido y para rogarles que fuesen con ella á su casa á fin de cerciorarse del hecho.

Acompañáronla, en efecto, sorprendidos y asustados también, especialmente la bella y dulce joven, que lo mismo que su madrina no comprendía nada de tal misterio.



Manuela

Perdóname, pero era preciso que hiciera lo que he hecho. Me voy con un hombre á quien quiero mucho, aun que no puedo casarme con él, por ahora.

No me lores porque soy feliz y que no nos persigan por que es inútil

Manuela

XII

La carta

El examen de la calle y de la huerta, hecho por los tíos de Pilar y por Pilar misma, no hicieron más que confirmar las sospechas de doña Antonia. Manuela se había escapado en brazos de un amante.

Los tíos de Pilar encontraron al pie de la cerca, y medio oculta entre la maleza y el lodo, la linterna sorda que había servido á la joven para alumbrarse y que arrojó allí al huir.

Quedaba ahora por averiguar quién ó quiénes habían sido los raptos de la joven, y sobre este particular nadie se atrevía á aventurar una sola palabra, porque nadie tenía tampoco en qué fundar la menor conjetura.

La pobre madre, en el paroxismo de su dolor, se había atrevido á mencionar el nombre del honrado herrero de Atlihuayan; pero en el instante, tanto ella como Pilar y sus tíos, habían exclamado con admiración y sorpresa:— ¡Imposible!

—En efecto, ¡imposible!—decía doña Antonia;— ¿qué necesidad tenía Nicolás de arrebatarse á la muchacha cuando yo se la habría dado con todo mi corazón?... ¡Soy una tonta, y sólo mi aflicción puede disculpar esta palabra imprudente! ¡Que Dios me la perdone! Nicolás no me la perdonaría.

—Además, madrina, Nicolás no era querido, y usted lo sabe muy bien, Manuela no podía sufrir ni su presencia. Habría sido preciso que tanto él como ella fingieran aborrecerse para que esto pudiera ser. Pero ¿para qué semejante disimulo?

—Pues es claro,—replicó doña Antonia.— No, no hay que pensar en ello; pero entonces, ¿quién, Dios mío?

—Será preciso avisar á la autoridad,—dijo el tío de Pilar.

En este momento entró en la casa un muchacho, un trabajadorcito de las cercanías, y dijo que unos

hombres que iban á caballo con una señora lo habían encontrado muy de madrugada y lo habían detenido más allá de Atlihuayan y al empezar la cuesta del monte, y que la señora, que era muchacha, le había dicho que viniera á Yautepec á traer una carta á su mamá, dándole las señas de la casa.

Doña Antonia abrió apresuradamente el papel, que estaba escrito con lápiz y que no contenía más que estas breves palabras:

«*Mamá:*

»*Perdóname, pero era preciso que hiciera lo que he hecho. Me voy con un hombre á quien quiero mucho, aunque no puedo casarme con él por ahora. No me llores, porque soy feliz, y que no nos persigan porque es inútil. MANUELA.*»

Al oír estas palabras todos se quedaron asombrados y mudos, pintándose en sus semblantes la sorpresa y el disgusto que semejante proceder en Manuela les causaba, habiendo sido hasta allí una buena hija. La pobre madre dejó caer el papel de las manos y quedó un momento con la cabeza inclinada, fijos los ojos en tierra, abatida, silenciosa, sombría, como insensata, hasta que un rato después hizo estallar su dolor en terribles sollozos. Acudieron á abrazarla y á consolarla su ahijada y los tíos, sin saber qué decirle, sin embargo, para calmar su pena.

—¿Y á quién quejarme ahora?—exclamó.—Aconseñenme ustedes,—dijo,—¿qué haré?

—Veremos al prefecto,—respondió el tío de Pilar.—Es necesario que la autoridad tome sus providencias.

—Pero ¡qué providencias!—repuso la anciana,—cuando ven ustedes que las autoridades mismas no se atreven á salir de la población ni tienen tropas ni manera de hacerse respetar... ¡Si estamos abandonados de Dios!—añadió desesperada.

—Pero ¿quién podrá ser, pues, el hombre que se la ha llevado?—dijo Pilar,—porque yo no atino absolutamente y es preciso tener siquiera una sospecha que sirviera de indicación...

—¡Y estar yo sola, absolutamente sola!—exclamó doña Antonia, torciéndose las manos de dolor.—¡Ah! ¡cómo han abusado de una infeliz vieja, viuda y desamparada!

—No tan sola, madrina, no está usted tan sola,—replicó vivamente Pilar.—¿No cuenta usted con la amistad de Nicolás?

—Es verdad, hija mía, lo había olvidado en mi desesperación. Tengo á ese hombre generoso, que todavía ayer me decía que sin interés ninguno en Manuela, de quien estaba seguro de que no lo quería, podía yo contar enteramente con su apoyo. Tienes razón, voy á escribirle al momento.

—No es preciso,—dijo el tío de Pilar;—yo voy á

ensillar en un instante y corro á Atlahuayan para traer á Nicolás. Es necesario que nos ayude siquiera á indagar esto.

El anciano se levantaba para cumplir su oferta, cuando se oyó el ruido de un caballo en la calle y un hombre se apeó en la puerta de la casa.

Era el herrero de Atlahuayan. Todos se levantaron para correr hacia él; doña Antonia se adelantó, y apenas pudo tenderle los brazos y decirle sollozando:

—Nicolás, ¡Manuela ha huído!

El joven se puso densamente pálido y murmuró tristemente, con un gesto de amargo desdén:

—¡Ah! ¡sí, mis sospechas se confirman!

—¿Qué sospechas?—preguntaron todos.

El herrero condujo á la señora al cuarto, y todavía de pie, dijo:

—Esta mañana muy temprano un guarda-campo vino á decirnos al administrador y á mí, que en la madrugada, recorriendo los campos que están al pie del monte, y cuando ya había cesado el aguacero, encontró en su casita, en la que no había dormido, á un grupo que se preparaba á salir y á montar á caballo y que seguramente se había guarecido allí del temporal; que recelando de que fuese gente mala, no se acercó por el camino, sino que se metió entre las cañas para observarlo bien. En efecto, eran *plateados*; cuatro hombres y una mujer joven, muy hermosa, que llevaba sombrero de alas angostas, muy

lleno de plata, al que estaba atando un pañuelo blanco, antes de montar. Por esta detención, pudo reconocerlos bien. A la niña se figuró haberla visto algunas veces en esta población, y el hombre que parecía jefe de los otros era el Zarco.

— ¡El Zarco! — exclamaron todos aterrados.

— ¡El mismo, el más terrible y malvado de esos bandidos, que según dicen es joven y no mal parecido! Este fué quien abrazó á la joven para montarla y quien parece que la llevaba. En el acto emprendieron todos y á gran prisa el camino de la montaña sin reparar en el guarda-campo, que no los perdió de vista hasta que ellos encumbraron y se alejaron entre las breñas. Entonces vino á dar parte. Yo no sé qué horrible presentimiento tuve, y sin darme cuenta de por qué lo hacía, monté á caballo y vine á ver si había ocurrido aquí alguna novedad... Así es, — añadió con intensa amargura, — que ya saben ustedes con quién se fué Manuela.

— ¡Ah! ¡con razón dice que es inútil perseguirla! — exclamó colérica doña Antonia, mostrando á Nicolás el papel, que él estuvo examinando con profunda atención.

— Efectivamente, — repuso el joven, — es perfectamente inútil. ¿Quién iría á perseguir á ese bandido á su cuartel general, en que tiene más de quinientos hombres que lo defienden? Y sobre todo, ¿para qué? ¿No se ha ido ella con toda su voluntad? Cuando una

mujer da ése paso es porque está apasionada del hombre con quien se va. Perseguirla, sería matarla también á ella.

— Preferiría yo verla muerta á saber que está en brazos de un ladrón y asesino como ese, — dijo resuelta doña Antonia. — No es ahora sólo dolor lo que siento; es vergüenza, es rabia... Quisiera ser hombre y fuerte, y les aseguro á ustedes que iría á buscar á esa desdichada aunque me mataran; ¡mejor para mí! ¡Un plateado! ¡Un plateado! — murmuró convulsa de ira.

— Pues bien, señora, yo estoy dispuesto á hacer lo que usted quiera, por más que me parezca inútil la persecución, no tanto por la gente que acompaña al Zarco, sino por la voluntad terminante con que Manuelita le ha seguido. Verdaderamente, no ha habido rapto.

— Pero ¿yo puedo consentir en que mi hija, por más loca de amor que esté, siga á un bandido? ¿Y mis derechos de madre?

— Sus derechos de usted como madre no pueden ser representados sino por la autoridad en este caso, careciendo usted de un pariente próximo, — dijo el tío de Pilar. — Nosotros ayudaremos á la autoridad, pero es necesario que ella sea quien ordene. ¿Y cree usted que se atreverá con esos bandoleros, cuando apenas puede hacerse obedecer en la población?

— Pero si quisiera... hoy llega la caballería del gobierno.

—Veremos al prefecto,—replicó el anciano,—para decidirle á que hable al jefe de esa fuerza; pero no olvide usted que esta fuerza no ha podido antier continuar la persecución del Zarco, que fué quien cometi6 los asesinatos de Alpuyecá, y eso que el gobierno de México habia recomendado con todo empeño la persecución.

—Es inútil,—exclamaron todos,—es imposible; ni el prefecto ni esos soldados han de querer.

En este momento se oyeron trompetas resonando en la plaza. La caballería del gobierno entraba con toda solemnidad en la población.

Doña Antonia, enloquecida de ira y de dolor, salió apresuradamente de la casa con la intención de hablar al prefecto.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 100
1625 MONTEREY, MEXICO

XIII

El comandante

El pobre prefecto se hallaba en la casa de Ayuntamiento, vestido con su traje dominguero para recibir á la tropa con los honores debidos, y en el momento en que llegó doña Antonia, acompañada del tío de Pilar y de Nicolás, que la habia seguido por deferencia, se entretenía en ver á aquella fuerza mal